

Sufría horriblemente. ¿Qué pasaría detrás de aquella puerta? El grupo que acababa de deshacerse, ¿no se habría formado de nuevo? A las palabras que se decían antes al oído, ¿no habrían sucedido besos?

Dominada por la cólera, con las manos nerviosamente crispadas, llamó á la puerta del palco.

Nadie respondió.

Iba á llamar de nuevo, cuando la acomodadora, que acababa de notarlo, se dirigió á ella:

—¿Qué queríais, señora?—la preguntó.

—Quiero entrar.

—No se puede, está ocupado.

—Han salido ya.

—Os digo que no. Tengo guardados los abrigo del señor y la señora que le ocupan.

—Abrid, que me esperan.

—No aguardan á nadie y no quieren que nadie les incomode.

—Tomad un napoleón y abridme.

—Me han ofrecido más porque no entre nadie.

La baronesa sacó su portamonedas para comprar á la acomodadora; pero tenía en él una cantidad insignificante.

Entonces se apoyó en una columna, frente al palco, y esperó á que se abriese.

Trancurrió una hora; pero por fin la puerta se abrió.

XXII

La baronesa comprendió entonces que ciertas mujeres, á pesar de la vivacidad de su carácter, no se olvidarían de sí mismas hasta el punto de pasar á vías de hecho.

Una hora antes alimentó el proyecto de arrancar la máscara á su rival. Ahora no se atrevería á llevar á cabo ese acto de violencia; en cierto modo se hallaba paralizada.

—¿Decididamente no queréis que os acompañe—decía con voz enternecida el barón, que tenía cogida una mano del dominó é intentaba detenerla.

—No, no... ya os lo he dicho, es imposible—respondía la desconocida, mientras la acomodadora del paleo echaba sobre sus hombros una salida de teatro.

—¿Me dejaréis que os acompañe hasta el carruaje?

—Tampoco. Cumplamos las cláusulas del convenio que hemos hecho. Yo dejaré esta severidad como os he prometido, cuando los bailes de la Ópera hayan terminado. No tenéis que esperar más que un sábado y el miércoles de ceniza. Vos,

por vuestra parte, no trataréis de saber mi nombre; me habéis dado vuestra palabra de honor. Si por descuido faltáis á ella, no me volveréis á ver nunca. Adiós y hasta el sábado próximo.

—¡Qué largo es eso!

—Convengo en ello; pero acaso á mí me parezca tan largo como á vos.

Y se alejó después de decir estas palabras, destinadas á sumir al barón en un dulce desvarío.

Sin preocuparse de su marido, que tarde ó temprano había de encontrar en su domicilio conyugal, la baronesa se apresuró á seguir á su rival, á quien deseaba á todo trance conocer, y con la cual, al menos ella, no tenía hecho ningún contrato.

La máscara del dominó, al atravesar el pasillo de los palcos principales, se vió detenida por muchas personas, de quienes

supo desembarazarse con una destreza y una desenvoltura de que sólo una mujer de costumbres algo libres sería capaz. Al mismo tiempo se acercó á dos jóvenes para darles broma.

—Te conozco—la dijo el primero.

—Te equivocas. ¿Quién soy?

No sabemos lo que él diría; pero á ella la oímos:

—¡Insolente! No quiero chanzas contigo.

Se escapó de sus manos, y cogiendo el brazo de un buen mozo, hombre de sociedad y pintor de talento, le dijo:

—Y tú, que eres más fino que tu amigo, ¿me conoces?

—Vente conmigo y te lo diré.

—Tengo prisa.

—¿Qué me importa? No era necesario que me hablastes. Te cojo y no te suelto. El baile está muy aburrido, y tú me distraerás.

La había conducido junto á una columna, y en pie, estrechándola de cerca, paseaba una investigadora mirada sobre toda su persona.

—¡Toma! ¡toma! no eres una *cocotte*—la decía él.

—Así lo creo.

—¡Oh! no te hagas la orgullosa. Tampoco perteneces á la alta sociedad.

—¿De veras? ¿Quién soy pues?

—No eres de clase conocida... Eres rica, eso se huele; y bonita, eso trasciende más aún.

—Pues qué, ¿la belleza tiene olor?

—¡Ya lo creo! y de los más acres—dijo inclinándose hacia ella.

Enderezóse al momento, y cambiando de tono y llevándose la mano al sombrero que, según se acostumbra en los bailes de máscaras, tenía puesto, la dijo:

—Dispensadme que os haya tuteado,

señora. Hasta ahora no os había conocido.

—¿En qué?

—En vuestro talle, que no había medido: no hay ninguno en todo París que se parezca al vuestro.

—¡Artista al fin!—dijo riendo.

—Y artista en activo servicio. Si queréis ir algún día á mi estudio...

—¿Para qué?

—Para todo... lo que queráis.

—¿Y cómo?

—De veneciana.

—Me has conocido, en efecto, y como no puedo ya darte broma, te dejo.

—Pero ¿y la súplica que acabo de hacer?

—Pensaré en ello. Tú has dicho que no era de la alta sociedad, y necesito vengarme de ese insulto.

—No lo es. Sostengo lo dicho. Vos sois una personalidad; vos sois vos...

—¡Bueno, bueno! Tratas de arreglarlo, pero ya me vengaré.

—Ahora mismo si quieres. Salgamos.

—¡Presumido!

Y le tendió su mano, que él cubrió de besos; y después se escapó en dirección á la escalera que conduce á los palcos segundos.

La baronesa de Roizel había escuchado aquella nueva entrevista y se puso colorada debajo de su careta, diciendo que su marido había caído en las garras de una coqueta refinada.

Al llegar al segundo piso, el dominó parecía buscar á alguien, se acercó á muchas mujeres, se inclinaba para examinarlas atentamente sus vestidos, y bien pronto, tocó en el brazo á otro dominó de pequeña estatura, que llevaba en el hombro izquierdo un lazo de seda de color morado, prendido con un alfiler. Es sabido que

en los bailes de máscaras, las amigas, para conocerse, tienen que recurrir á esas señales.

La que se unió á Lucrecia estaba asomada á la barandilla del anfiteatro, desde donde se dominaba el pasillo de los palcos principales y el vestíbulo.

Volvióse con presteza, miró y dijo esta palabra sola:

—¡Venecia!

—¡Trouville!—la contestaron.

Los dos dominós no tenían duda acerca de su identidad. Y se encaminaron las dos hacia la puerta de salida.

—¿Y qué?—dijo la más baja á la otra,—¿estáis contenta del baile? ¿Va en buenas el barón?

—Cada día mejor. Está loco rematado por mí.

—No me extraña. Siempre habéis conseguido eso de todos.

—Y vos, ¿no estabais harta ya de esperar?

—¡Aburrirse aquí es imposible! Los bailes de máscaras han debido ser inventados por una fea. ¡Fijáos bien! Tapadas con la careta se nos puede creer bonitas y hacernos la corte, como si lo fuésemos realmente. Yo hace poco que me he hecho esas ilusiones; tres imbéciles han murmurado á mi oído, sorprendidos y encantados, palabras de amor, y uno de ellos se ha dignado ofrecerme una cena. He estado á punto de aceptar para reirme de su sorpresa cuando me hubiese quitado la careta.

—Os olvidáis siempre de vuestro talento, que de seguro le habría retenido á vuestro lado.

—¡Oh! el talento, á las cuatro de la mañana, después de una noche de baile, es un manjar poco apetitoso.

Y hablando de este modo, habían bajado la escalera principal de la izquierda, pasado por delante del guardarropa y esperaban en el vestíbulo á que las trajesen un coche que habían dicho á un empleado del teatro les buscarse.

La señora de Roizel había también pedido otro, decidida á seguir á su rival.

Vinieron á decirles que estaban ya esperándolas.

Los dos dominós subieron en uno y dieron las señas donde les habían de conducir. La doncella de la baronesa, mientras su señora ocupaba el segundo, dijo á su vez algunas palabras al oído del cochero.

Y los dos coches partieron, en seguimiento uno de otro.

XXIII

Al llegar á la plaza de la Magdalena, el primer carruaje tomó la calle Real y los Campos Eliseos. El que conducía á la señora de Roizel se dirigió por el mismo sitio, conservando una distancia respetable para no despertar sospechas.

Entregada por completo á la persecución de su rival, no se acordaba siquiera de lo que sería de su marido desde que su misteriosa compañera le había dejado en el baile de la Ópera. Si se había vuelto al momento á su casa, y le había dado la idea de entrar en la habitación de su esposa, ¡qué sorpresa no sería la suya al encontrarla vacía á las cuatro

de la madrugada! ¿Creería que la causa de aquella escapatoria nocturna eran los celos?

¿Qué la importaba? En aquellos momentos deseaba ella una separación eterna, un escándalo. No creía que debía perdonar á su marido su engaño, su doblez y su traición; veía un abismo infranqueable entre ella y él y se consideraba libre de todo compromiso. ¡Era tener ideas muy equivocadas acerca del matrimonio! El hombre puede faltar á sus deberes, pero no permite que la mujer falte á los suyos. Atraviesa el corazón de la que ha jurado amar y proteger; pero no se cree obligado, al mismo tiempo, á las condenas de su compañera. Moralmente todo les separa; materialmente todo les une. La ley puede á veces, no romper las cadenas, sino aflojarlas un poco y hasta rehuye casi siempre ese compromiso.

Los dos coches recorrieron los Campos Elíseos, pasaron por junto al Arco de Triunfo y entraron en la avenida de la Emperatriz.

A la mitad de ella, el primer coche se paró de repente delante de una magnífica morada que la baronesa conoció; era el hotel, tan admirado por todos los parisien- ses que iban al Bosque, el de los señores de Vitel.

Era su rival aquella mujer de quien huía con tanto cuidado, porque su marido la pareció en otra ocasión que se había fijado en ella.

—¡Qué, todo su trabajo, su ingenio, sus precauciones no habían servido para otra cosa que para hacer que se juntasen más!

¡Sí, era ella! La baronesa debía haberla conocido por sus maneras, por su voz atractiva y dulce, por el ligero acento ita-

liano que á los hombres les parecía en ella tan encantador.

No cabía engañarse: era el ama de la casa. La traía á ella un coche de alquiler, porque no quería, al haber ido en su coche, que todo París supiese que había estado en el baile de máscaras de la Ópera. Pero el gas estaba aún encendido en el patio del hotel, y el suizo, después de abrir la verja, tiró del timbre para avisar á los criados.

La de Roizel tenía que entrar en el domicilio conyugal clandestinamente, sin ruido, como una delincuente; mientras que la que acababa de dar tan rudo golpe á su tranquilidad, y de robarla su bienestar, su dicha, entraba triunfalmente en su domicilio.

Media hora después llegaba á su habitación, y vió que su marido no había hecho uso aún de la bujía que tenía pre-

parada para cuando volviese. El barón, llena su imaginación de los recuerdos que le había dejado su larga entrevista con Lucrecia Vitel, no había querido alejarse de aquellos lugares que habían sido testigos de sus amores. Acaso hubiese ido á cenar y, con la ayuda del champagne, tratar de estar con el pensamiento en compañía de la que se había separado tan pronto de su lado para lo que él hubiese deseado que estuviese.

La baronesa se retiró á su cuarto, sin saber qué es lo que haría. ¿Esperaría á su marido para afearle su conducta, tratarle como merecía y desahogar la cólera que desde hacía dos días abrigaba en su interior? ¿O sería mejor retrasar hasta el día siguiente sus explicaciones y el escándalo que podría resultar de ellas?

Tendida en una *chaise-longue* cerca de la chimenea, que estaba apagada, se hizo

estas preguntas cuando se iba adormeciendo.

Desde que su amiga B... había hecho nacer en su espíritu las primeras sospechas y despertaron sus celos, tenía los nervios de tal manera excitados, que no pudo dormir. Pero las emociones del día y de la noche anteriores habían quebrantado su cuerpo; la naturaleza recobraba sus derechos.

Aquel reposo de unas cuantas horas, aquel aniquilamiento de todo su ser, calmaron su fiebre, aplacando la intranquilidad de su alma. Al despertar vió más claramente los hechos que acababan de alterar su vida, juzgó con más serenidad de su situación.

Bajo el golpe de una emoción vivísima, ofendida en su más legítima susceptibilidad, cruelmente herida, era capaz de hacer toda clase de atrocidades, podía dejarse

llevar á las más extremas resoluciones. Pero pasado ese peligroso momento, con la cabeza más reposada y con más sangre fría, volvía á ser lo que siempre había sido: una mujer de corazón, una mujer de juicio, y sobre todo, de buen sentido.

¿Qué iba á decir á su esposo? ¿Que se había rebajado hasta seguirle, hasta espiarle, hasta ir con su doncella á un sitio donde apenas si se puede entrar yendo del brazo de un marido? ¿Y por qué se había puesto en contacto con aquella muchedumbre, se había codeado con todos los vicios, respirado aquel aire infecto y manchándose con sus impudicias? ¿Para sorprender á su marido en flagrante delito de engaño? ¡Pero si hubiese ido al Ministerio, donde había dicho que tenía que pasar la noche, hubiera podido confundirle también!

Le había visto, es cierto, en el baile de

máscaras, en un palco, cerca de una mujer á quien parecía querer. Pues bien; si buscaba á esa mujer en la Opera, era porque ella no le permitía que la viese en otra parte. Si les veía en público, era porque aún no tenían sitio alguno donde citarse.

Era evidente que sus amores no habían dicho aún su última palabra, que se trataba más bien de una aventura de máscaras que de unas relaciones serias. ¿No sería imprudente dar demasiada importancia al asunto?

Al contrariar los deseos de su esposo, ¿no los irritaría y haría que se acercase más á aquella de quien parecía estar lejos aún? ¿No corría el riesgo de enajenarse para siempre el cariño de aquel corazón que tal vez podría ser suyo de nuevo?

Sin embargo, ella no podía engañarse, la hacía traición su esposo, si no de hecho, con el pensamiento, y para ciertas almas

delicadas, la intención vale tanto como la ejecución.

Su marido habría consumado el engaño que había empezado á hacerla si ella se lo permitía. La resistencia fingida y calculada de Lucrecia Vitel era lo único que podía hacer creer en la inocencia relativa del barón. El no era fiel, ni por principios, ni por virtud, ni por amor á su mujer; lo era por órdenes recibidas, por necesidad, por fuerza mayor. Con la mejor voluntad del mundo, la baronesa no podía enorgullecerse de los rigores con que su marido era tratado ni tener en cuenta su reserva.

Bien calculado todo, y para evitar mayores peligros, para no tener nada que reprocharse, para pensar en el porvenir, era mejor callarse y hacer creer al barón que ignoraba su mala conducta. Pero, al guardar silencio, era preciso separar al barón

de aquella mujer peligrosa, de la cual había conseguido su esposa alejarle, y que había vuelto á encontrar en aquella máscara desconocida.

XXIV

La señora de Roizel se vió obligada á confesarse luégo, que entregada á sus propias fuerzas, la sería muy difícil alejar á Lucrecia de su esposo, y combatir victoriosamente con ella. Recordó al mismo tiempo que tenía un poderoso protector que la tenía mucho cariño, y que en la situación grave en que se encontraba no la negaría su concurso. Era el señor de L..., ministro que había sido y entonces senador, y de los influyentes, si es permitido

expresarse así, muy atendido por el gabinete, y que gozaba en las Tullerías de una influencia incontestable. Había sido tutor de la baronesa, que se quedó huérfana á los doce años, y más tarde testigo de su boda.

Olvidábase hacía tiempo de aquel antiguo amigo de su familia, no por ingratitude, no por olvido, sino por delicadeza y por honradez. El hijo del señor de L..., auditor en el Consejo de Estado, tendría de veintiocho á treinta años de edad, y la había hecho el amor cuando era soltera. Prefirió al barón á él, y creyó desde entonces era deber suyo evitar toda ocasión de encontrarse con el compañero de su primera juventud. Hoy ya podía volverle á ver sin peligro: ya se había olvidado de ella. Además, no iba á su casa, sino á la de su padre, y á éste era á quien pediría consejos y apoyo.